

CRÓNICA

En busca de un libro o el descubrimiento de un complot

Franco Canelón

UPEL- Instituto Pedagógico de Maturín
CILLCA

A todos nos ha pasado, como si de una película se tratara, aquello de ir a un negocio por necesidad de adquirir algo y toparnos con un vendedor malencarado y desatento, o bien, con uno que desconoce la existencia de lo que pedimos; hace poco entré a una de las tres librerías que están dentro del centro comercial más concurrido de Maturín (MONAGAS) y pregunté por una novela gráfica de Arturo Pérez Reverte – *Las aventuras del capitán Alatriste*-, el vendedor; cuya edad calculé oscilaba entre los 27 a 30 años me miró con estupor mientras respondía que no tenía “de eso”. Respiré, me armé de ternura y comprensión e intenté explicarle lo más gráfica y diáfana posible qué era “eso” que yo estaba buscando, dos minutos después nuestro amigo me señalaba la sección de libros infantiles y me decía : las comiquitas están allá.

Agradecí su tiempo y decidí aventurarme yo mismo en la búsqueda dentro de hileras de estantes que por su disponibilidad, ubicación y clasificación delataban haber sido diseñados por un diestro y maquiavélico asesor de mercado, me dije: del desconcierto a la sorpresa en un instante se puede pasar cual truco de magia en esta sociedad. ¿ Dónde está la literatura en esta librería?, porque libros había y muchos , estantes repletos de una cornucopia impresa como para irritar a cualquier ambientalista. La cosa era que lo que buscaba no aparecía por ningún lado. Cómo leer el tarot, hacerse rico en tres meses, dónde desechar a los adolescentes, la verdadera historia del verdadero amigo de un sobreviviente, fengshui para novatos, yoga para novatos, guía para padres novatos, camasutra- lésbico, gay y hetero ¿?-, además de gran cantidad de sagas adolescentes apoyadas en superproducciones filmicas representaban el grueso del inventario. Nombres como Homero, Gabriel García Márquez, Julio Cortázar, Frank Kafka, Rómulo Gallegos, Horacio Quiroga y Julio Verne (considerados por mí viejos y buenos amigos) no estaban, quizás por caducos o por representar un mundo arcaico que pareciera no interesar a la generación del celular y las apps. Pero otros cuya amistad es más reciente como Santiago Gamboa, Arturo Pérez Reverte y Leonardo Padura tampoco habían sido invitados a esta reunión. Aun así relegados a uno y otro lado en las faldas de los estantes pude encontrar uno que otro clásico de vieja edición, y entre curiosear y jorungar me vi transportado a una exclusiva joyería porque los precios- ¡ay los precios!- no eran de libros sino de joyas.

Esta experiencia me llevó por los derroteros de la memoria para recordar momentos en los cuales era imposible salir de una librería con las manos vacías, me pregunté qué estaba sucediendo hoy, por qué es tan difícil encontrar un libro -mi libro, el que quería- en una librería, posiblemente obedece a los estudios de mercado que direccionan lo editado a un público específico -pero no en especial-, en cuanto al costo me consolé en elucubrar posibles respuestas que tangencialmente pasan por los costos de producción, secuelas de la mal llamada crisis económica y el poco interés de los consumidores por la lectura literaria. Y como pensar tanto no me iba a llevar por otro sendero que el de la ataraxia filosófica escribí en el buscador de mi teléfono “libros más vendidos” por parecerme esta frase cliché la más adecuada a la librería en la que me encontraba y una de las primeras sugerencias apareció en ingles : *top 10 most read books in the world*, la cliqueé y la infografía que apareció describía que los libros más vendidos en los últimos 50 años eran la biblia, las citas de Mao Tse Tung, *El señor de los anillos*, *Harry Potter*, *Crepúsculo*, *Piense y hágase rico*, *El alquimista*, *El código Davinci*, *El diario de Ana Frank* y *Lo que el viento se llevó*. Esta lista por sí sola daba respuestas a mi duda bibliofílica, quizás no era la librería en cuestión, sino yo que buscaba textos que no eran del agrado de las masas, la librería sólo obedecía a un patrón moderno de franquicia y capital: la oferta y la demanda. Aquí me sentí personaje de ficción porque me vi descubriendo un complot mundial en el cual una red internacional ejecuta un megaplan para lavar cerebros por medio de estrategias de mercado generando un producto y su consumidor al mismo tiempo. Pasada esta dulce ensoñación meforcé a aplicar una lógica más fría y menos divertida para enderezar el entuerto que me agobiaba. Cual Sherlock me encontré reuniendo cyberdatos y conjeturando bites para descubrir que esta tendencia es muy, pero muy normal (demasiado si me lo preguntan) dentro de las sociedades “modernas” que conforman la gran aldea mundial, este patrón, cuyo origen no fue muy difícil rastrear, de cultura pop y consumista del libro es conocida como infotainment, claro que este término abarca productos televisivos, impresos y de la internet y obviamente es un término desarrollado en los Estados Unidos desde donde parece es posible controlar nuestros gustos literarios en nuestra humilde ciudad. Globalización o el mundo es un pañuelo.

No tuve más alternativa que sosegar ímpetus y sentarme a calcular cuál sería el siguiente movimiento de esta red que por ahora llamaré “Vampiricorp” en tributo al Fantomas del amigo Cortázar. Y entre conjeturas y pensadera me hallé leyendo un

artículo de revista de domingo donde casualmente el periodista y locutor Gabriel Torrelles dice que las tendencias de los productos de consumo en el mercado editorial actual que es un fenómeno natural de la sociedad : “ no es cuestión de desmerecer su valor literario, sino de comprender que la literatura, como todo lo demás se ha vuelto masiva, abusiva y (un aplauso por eso) comercial”. Sí, el libro se ha masificado y su venta también, deberíamos estar felices de que la sociedad -la nuestra – este ganada para la lectura , yo, mientras tanto, caminaré y preguntaré en otras librerías de la ciudad por *Las aventuras del capitán Alatriste*, aunque la duda estaba sembrada en mí y no “descansaría hasta saber la verdad a cualquier precio”, no pude evitar reirme de mi mismo mientras tecleaba esto.

Este encuentro y desencanto con la librería del centro comercial fue causante de que una serie de recuerdos siguieran acudiendo a mi cerebro, si ya sabía medianamente qué sucedía en las librerías, entonces ¿qué estaría pasando con la biblioteca?, . Cuando era niño, mi casa en el Alto de los godos por allá en los 80 del siglo pasado (nací en 1977), contaba con una sencilla y pequeña biblioteca, claro que el televisor (el nuestro) era en blanco y negro; aun en las tardes pasaban a un superman obeso con un peinado de acero, cosas como el juego de video, el teléfono celular, la televisión por cable, la pc, la lapto, las tablets y cualquier otro gadyet eran argumento para una novela de George Orwell. Tal vez esa falta de distractores tecnológicos permitieron disfrutar más del contacto primario con los libros; en las casas de vecinos y familiares contaban con un lugar para los libros, enciclopedias que antes eran vendidas de puerta en puerta, libros escolares y novelas había en las casas (en casi todas), además había bibliotecas públicas distribuidas en la cercanía de los barrios y en las periferias de las escuelas. Pero hoy, la verdad es otra, tanto que es posible contar con los dedos de las manos las casas de vecinos, conocidos y familiares que tienen un lugar llamado “biblioteca”, ¿será que si tienen pero digitalizada o acaso la nefasta Vampiricorp ha extendido sus tentáculos hasta los hogares? , no lo sé, pero estantes que en apariencia son diseñados para libros sí tienen, estos en su mayoría están ocupados por la tv, equipos de sonido, fotos , películas y adornos varios, pero libros no hay. En cuanto a las bibliotecas públicas y escolares en sus diferentes presentaciones, sé como padre, educador y lector que su presencia ha mermado en los alrededores, y, en las escuelas y liceos donde he trabajado y adonde acuden mis hijos me consta que su papel es el de depósito de papeles que nadie consulta y nadie lee, ocultos tras un cartel que reza su nombre: biblioteca. Este fenómeno es tal que hace unos días mis raros hijos gemelos (morochos en lengua vernácula y raros no por esto sino porque le gustan los libros) llegaron de la escuela con los morrales cargados de libros que fueron execrados de la biblioteca hacia el patio sin explicación alguna, (será esto lo que un colega llamó hace algún tiempo “escuela cementerio de libros”)... y donde se presencia desde entonces un festín vandálico donde los libros vuelan desplumados y no por que hagan volar la imaginación precisamente; esto ocurre en una escuela básica en las inmediaciones del sector La Puente de la ciudad.

Y para motivar más mi imaginación sobre un posible complot, en días cercanos fui invitado y asistí a un taller sobre planificación educativa,- dirigido a futuros docentes y educadores en ejercicio,-diseñado por el Ministerio de Educación, en el que nos informaron que ahora este lugar dejará de llamarse así-biblioteca- para ser re-bautizado con el acrónimo C.R.A, esto es Centro de Recursos Académicos. No estoy seguro de por qué el cambio de nombre haya resultado en el exilio de los libros al patio. Esta reunión demostró, eso quisieron hacer ver los voceros del ministerio, que sí existe la preocupación en torno al espacio dedicado al libro y al ejercicio de la lectura, además de combatir la indiferencia latente ante una práctica tan saludable para el espíritu que viene aquejando a la sociedad. Dos caras de la moneda o mundos paralelos, que “vi con mis propios ojos”, y tan cierto que en una misma ciudad tenemos en un extremo librerías saturadas de textos de consumo masivo y en el otro bibliotecas metamorfoseadas en cofres del olvido. Decidido a indagar más sobre el problema me motivé a realizar una encuesta telefónica sobre la existencia de la biblioteca “personal” como remanente de una cofradía de cultores de un vicio-el libro- que no debe desaparecer, por eso interpele a mis allegados, colegas, amigos y familiares. Escribí en el teléfono un sms explicando el motivo de mi curiosidad, quería y necesitaba saber si tenían libros, (y no quería aceptar que los destinatarios callaran por estar como ausentes), qué cantidad aproximada; y no sólo eso; también cuántos eran de literatura; porque ya estaba seguro que no todo objeto de papel , con hojas y letras de venta en la librería y presente en la escuela cumplía con lo mínimo necesario. Debo aclarar que en mi trabajo como instructor universitario de literatura la mayoría de mis colegas obviamente cumplirían con ese requisito- además de que esto sería como hacer trampa de forma chévere- y con creces como se verá más adelante, por lo tanto envié epístolas virtuales a unos pocos y encaminé la investigación informal hacia viejas amistades, familiares y estudiantes de confianza. El resultado fue el esperado por mí con respecto a los colegas del ramo, y hasta sorprendente en unos casos, un viejo profesor y amigo neogranadino y especialista en lingüística me dijo que no sabe exactamente la cantidad pero son entre 3 y 4 mil, nada más y nada menos y todos en físico (para quienes nieguen la influencia de Borges y su biblioteca de Babel), aclara, porque en digital pueden ser como 15mil, “oiga paisa no estoy seguro de la cantidad, pero están a tú orden” me declaró con una carcajada. Sorprendido por una colección tan prolija me comuniqué con otro profesor y escritor de paso, quien acaba de ser merecedor de un premio en la mención cuento, y este me confiesa que hace mucho que no compra libros impresos, es el administrador y creador de una página web llamada Laberintos del tiempo, y allí maneja un cosmos casi ilimitado de textos, videos y “otras cosas” de toda clase, ¿literatura?, mucha, pero todo en digital porque es más cómoda, económica y no ocupa espacio. En físico tiene menos de 10 ejemplares entre las que están textos de Jorge Luis Borges, García Márquez y un par de biografías del libertador Simón Bolívar. Interesante resultado este, con lectores de dos generaciones (podrían pasar por padre e hijo), con una misma inclinación hacia la literatura, pero la que disfrutan de formas distintas, totalmente válido. Por supuesto que entre sus bibliotecas hay textos políticos , filosóficos, históricos y de sociología, entre otras menudencias. Con este inicio de respuestas me sentí parte de una logia, o una secta secreta e iniciática como la del valle de la muerte, la de los poetas muertos o la del techo del cetáceo.

En la universidad varios colegas- cuyos nombres reservo para protegerlos de los espías de la corporación-, colegas y amigos

me dieron la respuesta más sincera y la que me demostró que un adicto a la lectura no cuenta sus libros, lleva un inventario mental con la cifra “creoquesilotengo”. Uno de ellos quien es especialista en literatura inglesa, y otras artes, me dice “aproximadamente un coñazo”, están distribuidos en la sala, los pasillos, el cuarto, el garage y unas cuantas cajas que no se han revisado. Esta tendencia a la colección de libros fue confirmada por otros acólitos de la resistencia , (tranquilos amigos sus identidades están a salvo, lo aseguro por mis horas de entrenamiento con Trevanian) y mi persona, con coincidencias esperadas , no manejamos una cifra exacta pero sí una cantidad que bien llega a 600 o los supera, clásicos y literatura en su mayoría con una tendencia menor a otros temas; por ahora los resultados eran alentadores , y es que cuando recogí las respuestas de mis amigos y familiares no hubo sorpresas, por ejemplo un compadre, ingeniero en sistema, dice tener como 10 novelas de Tom Clancy, eso me dejó en claro su temática favorita, mientras que sus otros 20 libros son de ciencias relacionadas con su profesión. Otro aficionado al heavy metal, educador en matemáticas tiene como 15, entre estos se cuentan un par de Fernando Savater, otros de filosofía y el resto sobre la enseñanza de la matemática en la educación media. Hasta aquí estaba comprobando que el tamaño y tipo de la biblioteca depende de la profesión y los gustos entre otras cosas . Satisfecho hasta ahora apunté la saeta de la curiosidad hacia algunos de los estudiantes de la especialidad de lengua y literatura con los cuales he compartido algunos cursos y con quienes he entablado filial amistad, y obviamente posibles reclutas para la lucha en contra de los detractores de las bellas letras, los consulté por medio de mensajes de textos, forma segura y semi-impersonal para impedir traiciones y riesgos vanos, escogiéndolos al azar entre los contactos a 13 de ellos, las respuestas fueron inmediatas, y aunque algunos están al inicio de su carrera, otros a la mitad y algunos culminando las respuestas fueron increíblemente similares, aclaro que sus edades van desde los 19 años hasta los 30, lo que me demostró que la edad no es un factor determinante al momento de adquirir libros . Sólo dos de ellos dicen tener más de 50 (sí, 50!) libros, de estos la mayoría son de autoayuda (libros de Paulo Cohelo, *La culpa es de la vaca*, etc.), y otros temas; pocos, quizás una docena se relacionan con la literatura. El resto de los estudiantes afirmó no contar con más de 25 libros y aunque son estudiantes de literatura, este no es el tópico de mayor abundancia. El factor más común era la “literatura de aeropuerto” o píldoras de sabiduría como le suelen decir por estos días. Sin perder la esperanza confirmé que los brazos de Vampiricorp se estaban extendiendo.

Estos resultados me hicieron consultar otra infografía, esta vez mi hemeroteca personal, y encontré un reportaje de El Nacional con fecha del 28-04-2013, (tantas coincidencias arrojaban luz a la investigación como para que Hércules Poirot se intimidara con mis conjeturas) con relación al día del libro, apoyada en las estadísticas que aportaban el CENAL y el CERLAC, y lo que encontré fue que los autores preferidos son: Rómulo Gallegos, Paulo Cohelo, Gabriel García Márquez, Miguel Otero Silva, Miguel de Cervantes, Pablo Neruda e Isabel Allende; en la lista de libros preferidos están: la biblia, *Doña Bárbara*, *Cien años de soledad*, *La culpa es de la vaca*, *Don Quijote de la mancha*, *El alquimista*, *Casas muertas*, *Harry Potter* y *El principito*. Los porcentajes de la data parecieron muy optimistas acotando que el 68,7 % de la población se declara lector de periódicos; otro alto porcentaje elige lo que lee porque le atrae el tema; a un sorprendente 61,8% le gusta leer narrativa, un treintey pico por ciento “asegura” haber leído entre dos y cuatro libros en los últimos meses, la historia , la política y lo social son la preferencia de un módico 40.9%, la internet y los ciber-textos capturaron viralmente al 40,9%, y (si deciden creer esto) el 50,2 % - ¡la mitad de la población!- lee libros. Por momentos creí que estos resultados fueran más de Narnia que de mi mundo, así que ofrecí sacrificios a los dioses y protección a las musas para no desfallecer ante las calamidades. Cosas veredes amigo Sancho.